

# CRONICA DE LA POLITICA NACIONAL

Se abrió el año de 1946 con la perspectiva de una fuerte tormenta exterior que se cernía sobre el régimen de España. Muchos eran los indicios acumulados; múltiples los detalles que lo pregonaban: la acritud de las radios extranjeras; el tono injurioso de la prensa; las difamaciones, más groseras que de costumbre; la redoblada actividad de pequeños grupos de malhechores dentro del país y las caras de disimulado regocijo de quienes vienen en España especulando desde 1939 con la catástrofe y los derrumbamientos y esperaban que, ¡por fin!, iban a tener razón. Plazos perentorios y fechas terminantes cruzaban el aire espeso de las tertulias y reuniones discrepantes, y había soluciones para todos los gustos: discretas, violentas y detonantes. Pero en lo que no había duda era en el suceso: la "evolución" era inminente. Aclaremos, de paso, el concepto "evolución". Según las interpretaciones, puede servir para decir dos cosas distintas por lo menos. Para unos, la "evolución" del régimen era, aproximadamente, la forma de minarlo sistemáticamente en sus fundamentos sustanciales para conseguir su colapso público. Para los demás, la evolución es sencillamente el proceso vital y biológico que sigue un gran movimiento político, espiritual y social, para adecuar sus intangibles principios a las circunstancias externas e internas de cada hora. En definitiva, los "evolucionistas" del primer tipo son los que desean que lo vigente, en sus encarnaciones más simbólicas, desaparezca; mientras que los del segundo grupo son los que quieren el afianzamiento y la viabilidad fecunda del Estado surgido de la guerra y regido con prudencia ma-

gistral por el Generalísimo Franco desde hace cerca de diez años.

Un tal estado de delicuescencia de una parte de nuestra opinión, afortunadamente escasa en número, pero que afectaba decisivamente a las clases dirigentes, hizo verdaderos estragos en orden a la orientación de las gentes de buena fe. El discurso del Caudillo el día 6 de enero con motivo de la Pascua militar y las declaraciones del Ministro de Asuntos Exteriores sobre el porvenir de nuestra política, obligaron, sin embargo, reflexionar a los derrotistas. En el Extranjero, la campaña iba arreciando. El día 11 de febrero, un desdichado señor Porras, representante del Gobierno de Panamá, presentó en la U. N. O. su proposición contra España. ¡Qué gran vergüenza para la comunidad espiritual de habla hispánica, asentada en ambas orillas del Atlántico! ¡Una condena doctrinal y verbalista de la Asamblea universal contra nuestra Patria, iniciada por un diplomático de nuestra progenie y lengua! Pero el hombre de la calle, pese a los pronósticos sombríos de los agoreros, iba reaccionando, día a día, contra aquella intolerable ingerencia. La temperatura nacional y patriótica se elevaba a cada nuevo agravio. Se iba formando en la conciencia de los ciudadanos una aglutinación estrecha en torno al Gobierno y al Jefe del Estado. Durante el mes de febrero este sentimiento se fué tornando impetuoso y hasta violento. Cuando a fines de mes la "radio" difundió la noticia de que el Gabinete de París, cediendo a la presión del partido comunista, se hallaba dispuesto a cerrar la frontera del Pirineo como expresión de solidaridad con unos salteadores de caminos detenidos *in fraganti* en España, la cólera popular estuvo a punto de estallar en formas espectaculares contra la vergonzosa actitud del Quai d'Orsay. El Gobierno español, dando pruebas de una admirable prudencia y tacto, respondió a la actitud de nuestra vecina República con entera dignidad, pero sin bajar al chabacano nivel de su agresión, poniendo incluso límites y sordina al irresistible impulso de la indignación popular contra los compatriotas de Petiot.

A primeros de febrero llegó a nuestra capital Randolph Churchill, el hijo del *premier* británico. Acogido con simpatía y cordialidad, visitó nuestro pueblo y —buen periodista— profundizó en las distintas capas sociales, inquiriendo noticias y opiniones. Luego, salió por esos mundos, que antes se llamaban de Dios, escribiendo la crónica de sus impresiones madrileñas. No perdonó el viajero cuantas impertinencias halló a mano, para acusarnos y acusar a las más altas personalidades del régimen con malévolos intenciones, pero tampoco pudo hurtarse a reflejar la evidencia de los hechos. Y esa evidencia le impulsaba a reconocer la estabilidad firme del Movimiento y del sistema actuales. En el fondo, a Randolph Churchill se le quedaron demasiado bien prendidos unos cuantos tópicos de la oposición moderada que, a su llegada aquí, le fueron expuestos con brillante superficialidad por cualquier comensal demasiado explícito. Porque los pronósticos y juicios para el futuro que se deducen de sus artículos, se hallan en abierta contradicción con lo que la realidad ofrecía al visitante. O quizá sea también que tomemos en consideración desorbitada y excesiva a un viajero que no es en realidad sino una sombra: la de un apellido ilustre en la política del Imperio británico.

Pero el trimestre ha sido pródigo en otras visitas de extranjeros de relieve. Señalcmos de pasada la de los profesores chilenos, la de los cardenales que regresaban del Consistorio romano y la del insigne sociólogo inglés Sir William Beveridge. Este último pronunció en la Facultad de Ciencia Políticas y Económicas tres conferencias sobre los peculiares temas de “seguridad social” y “empleo total”, que domina tan a la perfección. Las disertaciones del profesor escocés fueron seguidas con enorme interés por un nutrido público, despertando en los círculos intelectuales de Madrid auténtica expectación. Sir William, con su inconfundible silueta y aspecto, fué pronto popular en la calle y en los lugares de reunión pública, donde incidentes y episodios de humor, diversos y regocijantes, le demostraron cuál era el tono del español medio, y cómo se conservaban vivas entre nosotros las tradiciones de hidalguía, ge-

nerosidad y graccjo para con los extraños, aun bajo el "terrible" régimen vigente, teóricamente enemigo de los libertades políticas. Beveridge pudo por sí mismo comprobar hasta qué punto era libre la tribuna científica en este país para todo ciudadano que tenga algo importante que decir, y de qué forma la prensa, en su gran mayoría, recogió fielmente sus palabras, incluso las que envolvían formulaciones críticas actuales. El autor del famoso "plan" que lleva su nombre, ha correspondido con nobleza y lealtad escribiendo en el *Star* y en el *Observer*, con entera independencia, sus juicios objetivos sobre la cuestión española.

## LAS NUEVAS CORTES

Sin estrépito, y con mesurada prudencia, van designándose por el sistema legal establecido, los nuevos procuradores en Cortes. Tendrá la nueva Cámara una fuerte representación de las clases productoras; otra, bastante nutrida, de Ayuntamientos y Diputaciones, y el resto, de procuradores corporativos y designados por su condición política o méritos relevantes. De esta forma, la Cámara aspira a renovar su constitución interna, adecuándola a la estructura misma de la nación. En el mes de marzo tuvieron lugar las votaciones sindicales en toda España. Un gran número de productores —electores de segundo grado— designaron, por mayoría y en sufragio secreto y libre, los nombres de sus representantes. Ni un solo incidente turbó esta manifestación amplia y sincera de un gran sector de la población española. En los primeros días de abril han tenido lugar las votaciones provinciales para elegir procuradores entre Diputaciones y Ayuntamientos, y asimismo ha sido enteramente libre la emisión del sufragio por diputados provinciales y compromisarios municipales. Así puede decirse que este ensayo ha demostrado la madurez del régimen para evolucionar —dentro de los principios inmutables del Movimiento de Julio— hacia fórmulas y matices más representativos.

Las elecciones sindicales han revelado, asimismo, el gran interés del proletariado hacia su representación en las futuras Cortes. Los trabajadores han seguido con creciente atención las diversas incidencias electorales y subrayado con su apoyo

entusiasta una u otra candidatura. Y es que en la opinión pública nacional existen una serie de nuevos factores que cuentan decisivamente, y que por lo visto no perciben muchos observadores extranjeros... e indígenas. Uno de ellos es la indiscutible modificación del espíritu de la clase trabajadora, inclinado hoy hacia sus problemas específicos laborales con evidente indiferencia o menosprecio hacia los temas políticos. Podíamos citar mil ejemplos, pero sólo traemos a esta crónica los de más relieve. El día 13 de febrero, el Ministro de Trabajo marchó a Zaragoza para dirigir la palabra en un acto de carácter social. Uno de los más amplios locales de la ciudad se abarrotó de público obrero, sin que, naturalmente, se ejerciera la menor coerción para asistir a él cerca de nadie. José Antonio Girón habló durante una hora, seguido con creciente atención por los diez mil productores, que le escuchaban y que le aclamaron con entusiasmo al terminar. ¿Piensa el lector lo que tal acto tiene de sintomático, para realizado en la primavera de 1946, en plena ofensiva del comunismo internacional, y en la antigua sede de la C. N. T.? Hay algo que se ha modificado sustancialmente en el estado de ánimo de las masas trabajadoras de España. Ciego será quien no lo vea y tenga su reloj parado en 1936, cuando el odio frenético era el único alimento espiritual que eran capaces de digerir los trabajadores del campo, de la industria y de la ciudad.

Cuando estas líneas se escriben, desborda, por ejemplo, de la calle Ancha de San Bernardo una enorme masa de trabajadores madrileños. Son los obreros de la construcción de la capital, que al terminar la jornada se dirigen en manifestación de gratitud al Ministerio del Trabajo por las nuevas bases y reglamentación, aprobadas recientemente. ¿Cuántos habrá en esta multitud proletaria? ¿50.000 ó 70.000 hombres? ¡Qué más da! Lo importante es el suceso, el síntoma. Que los albañiles y estuquistas de la antigua U. G. T. revolucionaria acudan en pública formación a manifestarse ante un ministro del Gobierno de Franco no es un espectáculo que pueda "organizarse" ni con halagos ni con amenazas. Un "clima" social es condición previa e indispensable para que tal acontecimiento brote con espontaneidad.

Y el Gobierno, henchido de sentido de solidaridad social,

acude a su vez en la medida de sus posibilidades a remediar la penosa situación de los humildes y de los débiles ante los meses de escasez y de hambre que azotan con su pavorosa realidad el mundo entero. Las primas al racionamiento de los económicamente endeblés, hechas a costa de recargar los impuestos del lujo y del consumo suntuario, forman la última de una serie de medidas transitorias que el bien común de la colectividad exige, y todas las clases de la sociedad —las beneficiadas y las recargadas— aplauden sin reservas.

## UN LIBRO BLANCO

Un buen día de marzo, casi coincidiendo con la llegada a Madrid del cardenal Spellmann, de regreso del Consistorio, la "radio" americana difundió la noticia de que el State Department de Washington iba a publicar un *Libro Blanco* sobre España, con sensacionales documentos acusatorios, encontrados entre ruinas, en los archivos de la Cancillería de Berlín. Inmediatamente todos los *speakers* del mundo, y casi todos los periódicos de ambos continentes se pusieron a hinchar el perro, amplificando la resonancia de la terrible acusación, sin conocerla, bien entendido. A poco, se divulgó el contenido del implacable *dossier*. Una serie de cartas, informaciones diplomáticas y notas verbales, de distintas épocas de la guerra mundial, y comunicaciones confidenciales del embajador alemán a su Gobierno, forman el cuerpo de la acusación. Del conjunto se deduce con deslumbrante claridad lo que ya Mr. Carlton Hayes, el embajador de los Estados Unidos en Madrid desde 1942 a 1945, afirma y demuestra en su famosa obra *Wartime Mission in Spain*. Es decir, que el general Franco y su Gobierno lucharon desafortunadamente por la neutralidad española, a pesar de las enormes presiones ejercidas, y que en cuanto la situación bélica alivió o contrapesó esas presiones unilaterales, la política española fué aún más netamente imparcial. El *Libro Blanco* corrobora todos esos extremos, que son los importantes, y trata, en cambio, de subrayar aspectos accidentales y episódicos, como pueden serlo, usuales formas de cortesía diplomática —que se hacen

pasar por adhesiones irremediables— o referencias de un embajador beligerante a su Gobierno, siempre dispuesto a matizar en provecho propio conversaciones, ofrecimientos o éxitos conseguidos.

Tal es el *Libro Blanco*, resultado paciente de la rebusca verificada entre las basuras y escombros de la capital alemana, a caza de argumentos decisivos contra el Jefe del Estado español. Se quiso con ellos fabricar un instrumento de agresión moral que dejara maltrecha nuestra reputación ante el mundo, pero Gustavo Durán, asesor técnico y experto en estas y —según dicen— en otras materias, redactó con tal gracia el mamotreto, que resultó por su fragilidad, un verdadero libro de *porcelana*.

Nuestro Gobierno contestó el 13 de marzo al contenido del *Libro*. Serenamente, con la energía que da la razón, fueron reducidos a la nada los ataques dialécticos insertos en el *memorandum* acusatorio. La respuesta fué tan contundente y sólida, que la propia opinión pública hostil de los Estados Unidos comprendió que había ido demasiado lejos, y empezó a olvidar con rapidez increíble al *Libro* y a sus documentos. Acaso influyó en el ánimo de la *clique* antiespañola que dirige la ofensiva desde algunos puestos-claves de la Administración federal, el temor de que tales publicaciones aglutinaran más y más a la población española en torno a Franco y a su régimen. Acaso también el aleccionador triunfo del coronel Perón, en las elecciones argentinas, en gran parte debido a las acusaciones vertidas en el *Libro Azul* hiciera reflexionar al equipo hispanófilo. Sea como fuere, el *Libro Blanco*, que pasó como un meteoro por el cielo tormentoso de la primavera, para morir en la general indiferencia, despertó con su ráfaga de odio y malevolencia, la sensibilidad española levantándola a grados de saludable hiperestesia.

#### LA FIESTA DE LA VICTORIA

Y, finalmente, traemos a esta crónica la reseña escueta del gran episodio político del año en curso: el desbordante plebiscito popular del 1.º de abril, realizado por los habitantes de la capital de España.

Este aniversario de la Victoria pasará a los anales de nuestra existencia nacional como una fecha de importancia decisiva. Pues en ella, no sólo se conmemoraba el triunfo del Alzamiento Nacional sobre la anarquía comunista, sino que se ponía a prueba la vitalidad actual del Movimiento y del Régimen a los diez años de haberse levantado el pueblo de España contra la tiranía de la República. Gran expectación había despertado el desfile militar en la opinión pública española y extranjera, dada la gran ofensiva propagandística montada por ciertos elementos, bien conocidos, desde micrófonos y periódicos de todo el mundo. Había, ¿por qué no decirlo?, una cierta ansiedad morbosa por el resultado de la fiesta. Los “bienpensantes” indígenas —siempre predispuestos al derrotismo y a la sordina— anunciaban fracasos de concurrencia, y hasta juzgaban imprudente la exhibición, dado el ambiente hostil de fuera. Otros se permitieron el lujo de anunciar —¡con profética certeza, vive el cielo!— manifestaciones “organizadas” y “aclamaciones administrativas” en las consabidas hojas de relativa clandestinidad, que han servido en esta ocasión de regocijo público por su extraordinaria clarividencia. Los corresponsales extranjeros, con las habituales excepciones, espc-raban la jornada, pluma en ristre, dispuestos a telegrafiar un fracaso. Y así llegó el 1.º de abril.

La parada militar discurría con brillante normalidad. A la llegada del Caudillo por la calle de Alcalá, Cibeles, Recoletos y Colón, el entusiasmo público empezó ya a desbordarse en forma delirante, presagiando la ulterior explosión colectiva. Terminado el paso de las tropas, tuvo lugar la tremenda conmoción popular. Un pueblo fanatizado, enloquecido, aclamaba con frenesí indescriptible al Generalísimo del Ejército español. Pañuelos blancos flameaban a millares desde las aceras, balcones y azoteas. El paso del coche del Jefe del Estado iba siendo cada vez más difícil por la enorme marea humana, que amenazaba con sepultarlo bajo su hervor. Al enfilear la calle de Alcalá, la muchedumbre rompió la esclusas de Orden público y lo arrolló todo, en un incontenible alud de entusiasmo. Cientos de miles de ciudadanos se unieron en una improvisada y rotunda manifestación pública. La riada tomaba caracteres históricos. Masas de hombres y mujeres del pueblo,



obreros, menestrales, estudiantes, clérigos jóvenes, burgueses, la más abigarrada y variopinta aglomeración política que jamás se vió en nuestras calles y plazas se dirigían en impetuoso cortejo hacia la plaza de Oriente. El inmenso recinto rebosaba de público, de un público que cantaba, aplaudía y, a veces, rugía. Franco se asomó al balcón central del edificio y fué ovacionado interminablemente. No sabiendo cómo corresponder al tono de la gente, que insistía una y otra vez en su homenaje, se quitó el Caudillo la gorra militar y la agitó en el aire repetidas veces, con un gesto de campechanía española, recogido con emoción por los cientos de miles de manifestantes. Duró media hora el espontáneo acontecimiento. Al cabo de este tiempo, Madrid había manifestado, en nombre de España, cuál era la respuesta del pueblo ibérico a las injurias y ataques del exterior.

Llámesese cierre de fronteras, declaración de Potsdam, Libro Blanco o conminación tripartita, toda ingerencia extraña en nuestros asuntos, promovidas por quienes se llamen Gromyko, Bidault, Spruille Braden o Laski, encontrará siempre la misma respuesta: negativa violenta; repulsa salvaje; respuesta feroz. Ningún aglutinante mejor podía soñar nuestro Movimiento para su vitalidad interna que el verse atacado desde fuera por tales enemigos. Pues desde 1936 acá han cambiado muchas cosas en nuestra opinión pública; pero es, sobre todo, en un terreno donde la mutación ha sido visceral y profunda: en el campo de nuestra personalidad exterior. Desde hace cerca de siglo y medio —desde 1808— España no había vuelto a sentir la dignidad de su independencia y soberanía tan a lo vivo como ahora. He aquí un dato nuevo con el cual es preciso contar. Siempre habrá que recordar, para que sirva de parangón y contraste, aquel insólito hecho de que durante la República, sin ir más lejos, ni uno solo de los partidos turnantes, de derecha o de izquierda, tenía en sus programas, propagandas o discursos, la menor sombra de alusión a la posición internacional de España, cuando menos a su soberanía e independencia. Pero ahora, quien prescinda de este aspecto se vuelve de espaldas a la opinión de la calle. El español ha vuelto a ser un ciudadano asomado al mundo, despierto ante sus inquietudes, ansioso antes sus problemas, lleno de sabia

experiencia ante muchas “fórmulas” y tópicos demasiado conocidos, y dispuesto a cualquier cosa antes que dejarse dictar su voluntad por asambleas, comités o tertulias de honorables señores extranjeros.

Este es el profundo sentido de la clamorosa y aplastante exhibición del día 1.º de abril. Cuando se quiera —para dar satisfacción, por ejemplo, a la obsesión democrática— traducir a cifras, votos, papeletas y demás zarandajas esta enorme mayoría de opinión, que prefiere tener un Gobierno de españoles presidido por un general heroico del Ejército a un Gabinete “quisling”, impuesto por el Quai d’Orsay, se puede hacerlo sin preocuparse de porcentajes y coeficientes, pues tal es el margen de amplitud que hay en nuestra tierra respecto al problema. Luego será de ver al apresurado envío de representantes diplomáticos para quitar el mal sabor de boca de las injurias recientes, y el reconfortante espectáculo de los comités para las “aproximaciones espirituales” y las buenas vecindades, que ya conocemos y contemplamos, de vez en cuando, en casos análogos. Pero España tiene demasiada historia y sobrada experiencia para descender a ocuparse de estas minucias rencorosas.

#### NUEVAS TORMENTAS Y ABSOLUTA SERENIDAD

En estos últimos días, el NO-DO proyecta en las pantallas españolas las imágenes impresionantes del día de la Victoria. Multitudes considerables, heterogéneas y diversas se congregan a diario en las salas de cine de la Península para presenciar el reportaje gráfico. Ni una vez falla la espontánea reacción del público, clamorosa y vibrante, aplaudiendo al Jefe del Estado cuando su figura aparece. En todas las capitales de provincia se produce idéntico fenómeno con asombrosa y reiterada unanimidad. ¿Se puede hablar en serio de “manifestaciones organizadas” ante esta repetición evidente del suceso? ¿No será mejor confesar, lisa y llanamente, que desde hace muchos años no hubo gobernante español que tuviera en su favor tan enorme corriente de adhesión popular?

Fuera, sin embargo, el enemigo sigue tramando enredos y campañas de escándalo contra el régimen y contra España.

Fracasado el intento francés ante la indiferencia de las demás potencias, ahora es Rusia la que trata de movilizar directamente sus peones, poniéndolos en juego contra nosotros. He aquí a la libre Rumania, a la libérrima Polonia, con sus Gobiernos democráticos ungidos por el dedo del Kremlin, rompiendo sus relaciones diplomáticas con nuestro régimen como anuncio de nuevas y más graves decisiones. He aquí que el "caso" de España es llevado de nuevo a la U. N. O. para responder en el Consejo de Seguridad del cargo de provocar la guerra y de violar las convenciones internacionales. Naturalmente, a España no se la da audiencia ante este tribunal, y el fiscal es el Gobierno de Lublin —hoy de Varsovia—, que representa, como es sabido, a la pura democracia liberal de las orillas del Vístula. Grandes ataques verbales, escritos y radiofónicos, acompañarán, como de costumbre, a la ofensiva diplomática para alterar nuestros nervios. Pero la España de 1946 no es la España del proceso Ferrer, y ha aprendido mucho en su propia carne. Si quieren levantar en alguna capital europea un monumento a Cristino García o a cualquier otro público malhechor de derecho común, "víctima del oscurantismo español", hánganlo en buena hora los imbéciles que lo deseen o toleren, pero no crean que nuestro pueblo se ha de intimidar por semejantes incoherencias del anarquismo internacional. Ni mucho menos que vaya a escamotearse —como en 1909, con D. Antonio Maura— el sagrado principio de autoridad y el más importante, de nuestra soberanía política de vieja nación independiente. Hoy España, como un bloque, sabe lo que quiere y *lo que no quiere*, y está dispuesta a resistir las tormentas, por duras que fuesen, con absoluta, con total serenidad.

\* \* \*

